



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 6

CB 115 SEMINARIO EN BIBLIA I

Bar Efrat, Shimeon. “El narrador”. En *El arte de la narrativa en la Biblia*, 15-57. Madrid: Cristiandad, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

I

EL NARRADOR

La relación entre narrador y narración no es la misma que la del pintor y la pintura o la del compositor y la composición musical. Se diferencia de éstas por el hecho de que el narrador está, pura y simplemente, dentro de la narración; es parte integral de la obra, uno de sus componentes estructurales, incluso uno de los más importantes. A veces el narrador es una característica obvia y palpable de la narración (por ejemplo, en las narraciones en primera persona), mientras que otras no aparece o no está bien definido, por lo que tendemos a olvidarnos de su existencia. No obstante, está claro que también entonces hay alguien dentro de la narración que nos presenta los acontecimientos y se dirige a nosotros.

La existencia del narrador dentro de la narración distingue a ésta de su hermano artístico, el drama. Tanto en el drama como en la narración se nos presentan los personajes, somos testigos de lo que les acontece y escuchamos sus conversaciones, pero si bien en el drama el autor se percibe sólo indirectamente, a través de los personajes, en la narración el narrador existe al lado de los personajes y su voz se oye tanto como la de éstos. Mientras que el drama nos pone delante los personajes y su mundo, al crear un encuentro inmediato entre los personajes y la audiencia, la naturaleza de la narrativa es tal que el mundo épico encarnado en ella no puede llegar a nuestra conciencia sin la mediación del narrador. No tenemos acceso directo a los personajes de la narración, y su discurso está siempre entroncado en el del narrador por medio de oraciones como «dijo», «contestó». Vemos y oímos tan sólo a través de los ojos y oídos del narrador. El narrador es una categoría, digamos, *a priori* y constituye el único

medio para entender la realidad que hay dentro de la narración. La naturaleza de esta realidad y la esencia del mundo narrativo, con sus características y acontecimientos y, sobre todo, su significación, depende completamente del narrador, a través del cual la aprehendemos. En consecuencia, el carácter de los narradores y el modo en que median es de la mayor importancia.

El narrador que asoma en la narrativa no debe ser identificado con la persona del escritor. El conocimiento de la vida de un escritor, así como la familiaridad con detalles de su biografía, no contribuyen a entender mejor al narrador de la narración, dado que los sistemas de valores, actitudes y características de los dos no tienen por qué ser idénticos. La figura del «autor implícito» (es decir, el autor que emerge de la historia, en contraposición con el escritor real) y su forma de ver y presentar las cosas es parte del carácter de la obra. Como tal, se nos revela sólo con la lectura y el estudio de la misma.

Se acostumbra a distinguir entre el autor (implícito) y el narrador. El último es quien nos dice qué está pasando y qué personaje es el que está hablando en un momento determinado. El primero se nos revela a través de lo que cuenta el narrador, a través del discurso de los personajes (que está formulado por el autor) y por la organización de los materiales narrativos, trama, espacio, tiempo, etc.

La mejor forma de acercarnos a los distintos narradores y a sus modos de contar es examinar los puntos de vista desde donde se observan los acontecimientos. Así se expresa la relación entre narradores y mundo narrativo. Aunque hay muchas posibilidades a este respecto, las más importantes para la narrativa bíblica son:

1. El narrador que sabe absolutamente todo con respecto a los personajes y está presente siempre, como opuesto al narrador cuyo conocimiento de lo narrado es parcial. El primero ve a través de sólidos muros los rincones más secretos, incluso penetrando en los más ocultos recovecos de la mente

de los hombres. El segundo observa las cosas desde fuera, ve lo que la gente hace y escucha lo que dice, dejándonos sacar conclusiones sobre su vida interior.

2. El narrador que se introduce en la historia, que añade comentarios y explicaciones y cuya existencia es evidente. Se contrapone al narrador silencioso que trata de suprimirse a sí mismo en lo posible. El primero puede remitir a sí mismo o a sus métodos al crear la narrativa, puede interpelar al lector u ofrecer interpretaciones y evaluaciones de lo que sucede, mientras que el segundo simplemente cuenta una historia.

3. El narrador que relata lo que está pasando desde una perspectiva remota, y ofrece una amplia perspectiva, podríamos decir panorámica. Se contrapone a aquel narrador que permanece cerca de los acontecimientos, que los retrata con un mínimo de participación, que presenta las escenas y deja a los personajes hablar por sí mismos.

4. El narrador que mira las cosas desde arriba, como si planeara sobre los personajes. Se opone al narrador que observa los acontecimientos como si participara en ellos.

5. El narrador neutral u objetivo se opone al narrador que define su actitud con respecto a lo que está contando. El modo de narración del primero se ciñe a los hechos y carece de compromiso personal con lo narrado, mientras que el modo de narración del segundo deja entrever su aprobación o desaprobación, su aceptación o rechazo, su alabanza o su censura, o quizá su identificación o su repugnancia.

Estas distinciones son exageradas, ya que el punto de vista de una narración puede encontrarse en algún punto entre los dos extremos. Es obvio que esas características pueden darse en cualquier narración combinadas de muchas maneras. Una determinada perspectiva no tiene por qué mantenerse sin cambios a lo largo de una narración. Puede predominar, pero no hay razón alguna por la que no pueda cambiarse por otro de cuando en cuando.

El punto o puntos de vista de una narración son importantes por distintas razones:

En primer lugar, es uno de los factores que confieren unidad a una obra literaria, lo cual implica diversidad y variedad con respecto a los personajes, acontecimientos, lugares y tiempos. Se ha dicho que el punto de vista del narrador es la «cuarta unidad» (tras las tres de Aristóteles: unidad de tiempo, de lugar y de trama), dado que combina la multiplicidad de puntos de vista de los personajes en una perspectiva general.

En segundo lugar, la perspectiva que se haya seleccionado condiciona qué va a narrarse y cómo, qué va a ser contado desde lejos y qué desde cerca. El narrador se asemeja a un fotógrafo que decide qué y qué no va a incluir en la fotografía, de qué distancia y ángulo, con qué enfoque y con qué luz. Del mismo modo que la naturaleza de la película depende de la posición de la cámara y de cómo se opera con ella, la naturaleza de la narrativa depende del enfoque desde el que los acontecimientos se presentan.

En tercer lugar, el punto de vista apropiado puede contribuir de forma crucial a mejorar el interés o la intriga de la narración. La narración debe moldearse para hacerse interesante, incluso cautivadora, de forma que atrape al lector y le haga participar de lo que esté sucediendo en ella. Una narrativa que no se lee, o que no captura la atención del lector, no cumple con su propósito. El compromiso del lector con lo que pasa depende en gran medida de cómo se presenta la narración, y esto incluye tanto el punto de vista predominante como los cambios de las diferentes perspectivas.

En cuarto lugar, el punto de vista es uno de los medios por los que la narración influye en el lector, llevándole a absorber sus valores y actitudes implícitas. Naturalmente, la actitud del lector hacia lo que se relata depende en gran medida de sus propios valores e ideas, aunque el autor puede influir en sus juicios. En general, si el autor adopta una pos-

tura positiva, el lector le seguirá el juego, y lo mismo puede decirse si la actitud del autor es de desaprobación. En conjunto, el lector se identifica menos con los personajes de la narración que con el autor, ya que ve a los personajes con los ojos del autor y adopta su misma postura con respecto a ellos. Las actitudes y opiniones del autor no tienen por qué aislarse y expresarse por separado (como sucede en un tipo de fábulas, donde la moraleja viene siempre al final), sino que usualmente se entremezclan con lo narrado, manifestándose en el desarrollo de la narrativa. Ésta condiciona al lector por medio de la combinación del «qué» y el «cómo», es decir, qué se relata y cómo. Entre los más importantes factores relativos al «cómo se relata» están las diferentes perspectivas por las cuales el autor percibe y moldea los personajes y sus acciones, ya que determinan cómo el lector los entiende y cómo le influyen. La eficacia de la narrativa depende, en gran medida, del uso de la perspectiva

Esta técnica cobra especial importancia en la narrativa bíblica, ya que trata de influir en la audiencia y de impartir su visión de la vida, el bien y el mal, Dios y la acción divina en el mundo. Mientras que la literatura profética y sapiencial expresan directamente sus formas de ver el mundo e insisten abiertamente en que éstas sean aceptadas por la audiencia, la narrativa opera de forma oblicua y nada notoria. Los modos narrativos en general, y en particular la técnica del punto de vista, desempeñan un papel decisivo para que así sea.

1. EL NARRADOR OMNISCIENTE

En la mayoría de las narraciones bíblicas hay un narrador omnisciente, capaz de ver las acciones más secretas y de oír conversaciones privadas. Está familiarizado con los procesos interiores de los personajes y nos presenta sus más íntimos pensamientos.

Omnisciencia quiere decir omnipresencia. Dios conoce todas las cosas porque está en todo tiempo y en todo lugar. Un autor es como Dios en muchos aspectos, porque crea un mundo y da forma a una serie de personas, examina sus transformaciones interiores y conoce el resultado de las cosas desde el principio, pero no puede estar en todas partes al mismo tiempo. Y esto, no sólo porque el autor sea de carne y hueso, sino por las limitaciones de su instrumento, el lenguaje. El lenguaje limita al autor a describir los acontecimientos de forma sucesiva, y entonces crea la impresión de que el narrador está ahora aquí y luego allí, primero escrutando el corazón de un hombre y luego el de otro, transfiriendo constantemente el punto de vista de un lugar a otro.

En la vida real, somos incapaces de alcanzar la perspectiva que tendríamos desde cualquier otro lugar en ese mismo instante. Estamos limitados a un solo lugar, y lo único que podemos hacer es hacer un esfuerzo para ponernos en otro lugar, y generalmente viendo cada cosa desde una sola perspectiva, la nuestra. Somos lentos para movernos y no podemos cruzar fácilmente largas distancias, ni saltar en el tiempo. Esto, no obstante, puede hacerlo el narrador de una obra literaria. El narrador no siempre aprovecha estas posibilidades, y a veces se reduce voluntariamente a describir acontecimientos desde un solo lugar y una única perspectiva. Cuando dichas posibilidades son aprovechadas, nos encontramos frente al narrador omnisciente.

En muchas narraciones bíblicas el narrador se encuentra en un solo lugar, por ejemplo, en la narrativa del Jardín del Edén (Gn 3), la compra de la cueva de Macpelá (Gn 23) y la visita de la reina de Saba al rey Salomón (1 Re 10). En muchas otras narraciones, sin embargo, el narrador cambia de un lugar a otro veloz como el rayo: en un momento dado está en la tierra de Canaán con Abrahán, y enseguida está en Mesopotamia con el sirviente de Abrahán, visitando la casa de

Betuel (Gn 24); un momento en Afek con los ejércitos de Israel y los filisteos, y el siguiente con el anciano Elí (1 Sm 4); un momento en Jerusalén con Absalón y al siguiente en Mahanayim con David (2 Sm 17). El narrador salta límites libremente hacia delante y hacia atrás, sin pararse en el camino.

El narrador bíblico entra asimismo en las habitaciones más privadas, está presente en las más íntimas situaciones y escucha conversaciones mantenidas en secreto. En consecuencia, sabemos que David no mantuvo relaciones sexuales con Abisag, la hermosa muchacha de Sunán que los cortesanos llevaron a su cama para calentarlo (1 Re 1,4). El narrador permanece en el cuarto de Amnón después de que ordenara a todos que se marcharan, está presente durante la violación, es testigo de cómo Amnón logra vencer la oposición de Tamar y escucha las palabras que se dijeron antes y después del hecho (2 Sm 13). El narrador está incluso al tanto del contenido secreto de la carta que David envió a Joab dándole instrucciones de cómo proceder con Urías el hitita (2 Sm 11,15). El narrador es a veces testigo de conversaciones en el cielo entre Dios y sus ángeles (Job 1, 6-12; 2,1-6). Al narrador omnisciente no se le escapa nada.

Se ha dicho que el narrador bíblico tiende a mostrar los sentimientos de los personajes por medio de su discurso y acciones, sin exponerlos directamente, y que los lectores han de descubrir emociones internas a través de comportamientos externos. Ciertamente es que, en la mayoría de los casos, es éste el enfoque adoptado por el narrador. Sin embargo, como podremos apreciar en los siguientes ejemplos, el narrador penetra repetidas veces en la mente de los personajes y nos revela claramente sus pensamientos y emociones, sus aspiraciones y motivos. Estos paisajes interiores se nos ofrecen de vez en cuando y de forma independiente, es decir, sin mencionar acciones o discursos de los cuales pudieran inferirse. En ocasiones, la información sobre la vida interior de los per-

sonajes se nos da junto con una noticia de su comportamiento que refleja su situación interna. Cuando ese asomarse al interior viene acompañado por el relato de algo externo, la información que se nos da de la vida interior del personaje no debe tomarse como una explicación o conclusión del narrador basada en lo externo. Muy al contrario, debe entenderse como una categoría que no difiere en su importancia y validez de cualquier otro rasgo narrativo, y que goza de la misma autoridad. Hay una diferencia fundamental entre una obra literaria y un tratado histórico-científico, que a veces también contiene aseveraciones sobre la vida interior de personas que vivieron en el pasado, descripciones de sus esperanzas, creencias, aspiraciones o pensamientos, incluso si se carece de evidencia directa de ello. En un tratado histórico el lector acepta, por convención, que todo ello no son más que interpretaciones del autor basadas en acciones, mientras que en la obra literaria el caso es bien distinto.

En los ejemplos que siguen, el narrador describe los sentimientos de los personajes, bien de forma independiente, bien asociada a alguna información sobre el comportamiento externo de los mismos.

La muestra por excelencia del conocimiento ilimitado del narrador es, sin lugar a dudas, lo que nos dice de Dios, cuyos sentimientos, pensamientos, intenciones, opiniones y juicios pretende conocer:

«Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra, y le pesó de corazón» (Gn 6,6).

«Pero Noé alcanzó el favor del Señor» (Gn 6,8).

«Y viendo a los israelitas, Dios se interesó por ellos» (Éx 2,25).

«El Señor se irritó con Moisés» (Éx 4,14).

«Pero el Señor reprobó lo que había hecho David» (2 Sm 11,27).

«Es que el Señor había determinado hacer fracasar el plan de Ajitófel, que era el bueno, para acarrearle la ruina a Absalón» (2 Sm 17,14).

El narrador no suele darnos información sobre los sentimientos internos de Dios. En consecuencia, podemos asumir que cuando nos da dicha información, el asunto es de capital importancia. Es el caso, por ejemplo, del juicio de Dios sobre las acciones de David con respecto a Betsabé y Urías. El juicio de Dios no es como el de los demás personajes de la trama, y es más convincente incluso que el juicio del narrador, ya que Dios es la suprema y absoluta autoridad, y esto, naturalmente, se refleja en el valor e importancia de sus juicios (aunque no debemos olvidar que lo que conocemos de la actitud de Dios lo conocemos por la autoridad del narrador). En la narrativa que precede a la de Betsabé y Urías, David se nos presenta de forma positiva, de tal manera que así se influye al lector con respecto a él. Un juicio explícito funciona aquí como contrapeso, contrarrestando la predisposición positiva que se ha construido en el lector hacia David. Más aún, el lector puede juzgar las acciones de David con un código especial de normas, y asumir que el rey carece de las limitaciones de los ciudadanos de a pie, que por ser rey puede tomar la mujer que desea, y que como jefe de las fuerzas armadas tiene el derecho de decisión sobre la vida y la muerte de sus hombres en el campo de batalla. Es bien sabido que los reyes del antiguo oriente tenían el poder de actuar precisamente así. Pero al atribuir ese juicio a Dios, sobre ese canon «real» se ha impuesto un sistema de normas absolutas, del cual el rey también es sujeto y por el cual debe ser juzgado. La absolutización de las normas éticas —necesaria aquí, porque el

objeto del juicio no es un individuo ordinario— podría no aparecer siquiera aquí si ese juicio se hubiera presentado como propio del narrador.

Así como el narrador conoce las opiniones, sentimientos e intenciones de Dios, está familiarizado con los procesos internos de los humanos en las esferas de la cognición, la emoción y la volición.

1.1. *Cognición*

«Jacob no sabía que era Raquel quien se los había robado» (Gn 31,32).

«La vio Judá y creyó que era una prostituta» (Gn 38,15).

«Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño» (1 Sm 3,8).

«La propuesta le pareció bien a Absalón y a todos los consejeros de Israel» (2 Sm 17,4).

En todos estos casos, como en muchos otros, la visión del interior desempeña un importante papel. En la última cita, por ejemplo, al referirse a la opinión de Absalón y el consejo de ancianos con respecto al consejo de Ajitófel, se nos aclara que, antes de que Jusay ofrezca su consejo, todos los presentes están convencidos de que el plan de Ajitófel es muy inteligente. Al poner esto en claro, el narrador maximiza la tensión y hace que el rechazo del plan de Ajitófel en el último momento nos sorprenda en extremo.

1.2. *Emoción*

El narrador discierne y comunica distintos tipos de emociones, como amor y odio, alegría y pena, enfado, temor, vergüenza, etc.

«Jacob sirvió por Raquel siete años, y estaba tan enamorado que los años se le hicieron pocos días» (Gn 29,20).

«Después sintió un terrible aborrecimiento hacia ella, un aborrecimiento mayor que el amor que le había tenido» (2 Sm 13,15).

«Jonás estaba encantado con aquel ricino» (Jon 4,6).

«Y se enfurecieron terriblemente» (Gn 34,7).

«Moisés, enfurecido, tiró las lanzas» (Éx 32,19)

«Adonías tuvo miedo de Salomón» (1 Re 1,50).

«Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza» (Gn 2,25).

«Porque su corazón temía por el arca de Dios» (1 Sm 4,13).

«Y el rey David añoraba a Absalón, pues se había consolado por la muerte de Amnón» (2 Sm 13,39).

1.3. *Volición*

El narrador nos informa a veces, de forma explícita, de la voluntad de un individuo o de su falta de voluntad para acometer una determinada acción. En tales casos, se enfatiza este querer o no querer del personaje.

«Pero el escudero no quiso» (1 Sm 31,4).

«Pero David no quiso beberla» (2 Sm 23,16).

«Cuando Salomón terminó el templo, el palacio real y todo cuanto quería y deseaba» (1 Re 9,1).

«Pensó aniquilar con él a todos los judíos del imperio de Asuero» (Est 3,6).

El narrador penetra en la mente de sus personajes con sólo decirnos qué ven u oyen. Un observador externo puede darse cuenta de que una persona está mirando, pero no sería capaz de decir lo que esa persona está viendo. El verbo «ver»,

en contraposición con «mirar», se refiere a vivencias interiores, y otro tanto sucede con el verbo «oír». No es necesario subrayar que estos dos verbos aparecen con frecuencia en la narrativa bíblica, y que el narrador suele decirnos qué están viendo u oyendo los personajes. El hecho de ver se menciona más a menudo que el de oír, lo cual no es sorprendente, si tenemos en cuenta que el individuo suele aprender de las situaciones por medio del sentido de la vista. Los otros sentidos son mucho menos importantes. Es digno de notarse, sin embargo, que en la historia de la bendición de Isaac (Gn 27) tanto el narrador como los personajes hacen referencia a los cinco sentidos, pues todos ellos tienen parte importante en el desarrollo de la trama. Isaac, que es un anciano al que ya le falla la *vista*, le pide a Esaú que le prepare una comida *sabrosa*; cuando Jacob le lleva la comida (que Rebeca ha cocinado), Isaac le *toca*, y aunque su voz *suen*a como la de Jacob, sus manos son las de Esaú. Finalmente, Isaac *huele* la ropa de su hijo y, tras declarar que el olor de su hijo es como el olor del campo, le bendice.

La indicación de percepciones, deseos e intenciones, emociones, conocimiento y entendimiento cumple un papel definitivo en sus contextos, sea para el diseño de los personajes, para avanzar la trama o para clarificarla. La información sobre los estados internos de los personajes no se distribuye equitativamente a lo largo de la narrativa bíblica, ya que algunas narraciones poseen un mayor porcentaje de información de este tipo que otras, lo que determina, en gran medida, el carácter de las mismas.

Está claro, pues, que la penetración del narrador en la mente de los personajes no es en absoluto un fenómeno extraño. No obstante, es imposible eludir el hecho de que estas manifestaciones ofrecen una breve y sucinta noticia de un estado mental dado, y no describen su evolución. La vida mental de los personajes no se convierte en un tema de por sí y el narrador casi nunca ofrece información directa sobre el

proceso de lo que está sucediendo en sus mentes. Podemos buscar en vano, en la narrativa bíblica, descripciones directas de deliberaciones interiores, conflictos mentales o incertidumbres y vacilaciones psicológicas. El narrador se contenta con ofrecer breves retazos de la vida interior de los personajes, informándonos de vez en cuando de la situación presente de su espíritu.

En muchos casos, sin embargo, el narrador no deja que el lector comparta su ilimitado conocimiento, y no se permite revelar ni siquiera una fracción del mundo interior de los personajes. En la historia del sacrificio de Isaac (Gn 22), por ejemplo, el narrador no nos dice cuáles eran las emociones de Abrahán cuando recibió la orden de Dios para sacrificar a su hijo, qué sintió y qué pensaba los tres días que duró el viaje y qué tenía en mente cuando estaba subiendo la montaña con su hijo. El narrador tampoco nos informa de los sentimientos ni de los pensamientos de Isaac. La pregunta de Isaac, «Tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?» sugiere lo que había en su mente, pero ignoramos qué sintió tras la respuesta evasiva de su padre: «Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío».

En la narrativa de David y Betsabé (2 Sm 11), el narrador no provee ninguna información sobre los sentimientos de los personajes, a pesar de ser cruciales en este episodio poderosas y profundas emociones. ¿Amaba David a Betsabé? ¿Qué sentía ella hacia él? ¿Qué pensó ella cuando se le ordenó presentarse ante el rey, y cuál fue su reacción al descubrir que estaba encinta de él? ¿Cuáles eran los sentimientos de Urías hacia David, y los de David para con Urías? El narrador no ofrece respuestas ni a éstas ni a otras muchas preguntas en la narrativa bíblica.

En algunos casos las intenciones de los personajes, conocidas para el autor, no se nos revelan hasta que se traducen en acciones. Así, aunque el narrador no revela las intenciones de

David cuando convoca a Urías el hitita a Jerusalén desde el campo de batalla de Rabbah de los amonitas (después de que Betsabé hubiera concebido), quedan de sobra claras más tarde, cuando David intenta convencer a Urías para que se vaya a dormir a su casa.

Igualmente, no se nos informa de las razones de Absalón para estar de pie junto a la entrada de la ciudad y ganarse a los que llegan para ser juzgados ante el rey (2 Sm 15,1ss). Esas razones se harán evidentes más tarde, cuando Absalón se rebela contra su padre.

En los ejemplos citados los personajes de la narrativa desean guardar sus intenciones en secreto. En consecuencia, el narrador se abstiene por su parte de revelarlas, lo que a su vez contribuye a crear un clímax de tensión.

En todos esos ejemplos, así como en muchos otros, el narrador no ofrece la información directa de los más profundos sentimientos y pensamientos de los personajes. Hace simplemente una descripción de su conducta externa, sus actos y sus conversaciones. Para fines prácticos, el autor está simplemente capturando la situación como se revela a un observador externo.

2. LAS MANIFESTACIONES DEL NARRADOR

2.1. *El narrador participativo*

En teoría literaria suele hacerse una distinción entre omnisciencia editorial, cuando el narrador inserta comentarios sobre personajes o acontecimientos dentro de la narración, y omnisciencia neutra, cuando a la narrativa se la deja hablar por sí misma. En el primer caso, la existencia del narrador resulta obvia, mientras que en el segundo apenas se nota. Esta distinción es conveniente, aunque no debe olvi-

darse su naturaleza relativa, ya que hay un continuo de situaciones intermedias entre estos dos opuestos.

La presencia de narradores dentro de la narrativa se hace patente cuando se refieren a sí mismos, tanto en primera como en tercera persona, cuando mencionan actividades llevadas a cabo al crear o para crear la narración, como el redactarla o el consultar fuentes, o cuando interpelan directamente a sus lectores. En todos estos casos se crea una doble estructura dentro de la narración: al estrato de los acontecimientos, que sigue siendo el principal, hay que añadir el estrato del narrador, que se adelanta como intermediario entre nosotros y el mundo de la narrativa.

Los narradores bíblicos no suelen mencionarse a sí mismos. Puede citarse como excepción la narrativa en primera persona de los libros de Esdras y Nehemías, en los que el narrador es idéntico al protagonista. En estas narraciones, los aspectos objetivos de los acontecimientos se entremezclan con los subjetivos. Al principio del libro de Nehemías, por ejemplo, el narrador nos aclara qué le ha llevado a dejar su casa en Susa, la capital persa, para ir a Jerusalén. Además, en varios versículos del libro, tras narrar acontecimientos, añade las siguientes palabras: «Dios mío, acuérdate para mi bien de todo lo que hice por esta gente» (5,19; 13,14.22.31).

Los narradores bíblicos no se refieren nunca al acto de escribir la narrativa, excepción hecha de los autores de los libros de los Reyes y Crónicas, quienes citan obras donde el lector puede encontrar material adicional —que aparentemente les sirvió de fuente— como el Libro de los Hechos de Salomón (1 Re 11,41), el Libro de las Crónicas de los Reyes de Israel (1 Re 14,19), el Libro de las Crónicas de los Reyes de Judá (1 Re 14,29), el Libro de las Crónicas de los Reyes de Israel y Judá (2 Cro 27,7), las Crónicas de Samuel el vidente, las Crónicas de Natán el profeta y las Crónicas de Gad el vidente (1 Cro 29,29). No obstante, los comentarios

de los autores de Reyes y Crónicas en los que se mencionan esas fuentes se producen al final, como un apéndice de las historias que se narran, y no como parte integral de las mismas.

A pesar de que en la mayoría de las narraciones bíblicas los narradores no se mencionan a ellos mismos, ni citan sus fuentes, ni se dirigen a su audiencia, el estrato del narrador existe casi siempre junto con el de los acontecimientos, como muestran los siguientes ejemplos:

«Y Jacob erigió una estela sobre el sepulcro, que es hasta hoy la estela del sepulcro de Raquel» (Gn 35,20).

«Josué incendió la ciudad, reduciéndola a un montón de escombros, que dura hasta hoy» (Jos 8,28).

«Subieron y acamparon en Quiriat- Yearim de Judá; por eso aquel sitio se llama hasta hoy Campo de Dan (queda a poniente de Quiriat- Yearim)» (Jue 18,12).

«Absalón se había erigido en vida una estela en el Valle del Rey, pensando: “No tengo un hijo que lleve mi apellido” Grabó su nombre en la estela; hasta hoy se llama «Monumento de Absalón»» (2 Sm 18,18).

«A sus descendientes, los que tras ellos quedaron en el país y no pudieron los israelitas exterminarlos, Salomón los convirtió en siervos hasta el día de hoy» (1 Re 9,21).

La expresión «hasta el día de hoy» apunta al tiempo del narrador, y no a aquél en que sucedieron los acontecimientos. Al mencionar su propia época, el narrador distrae la atención del estrato de lo narrado al de su propio tiempo.

La expresión «hasta el día de hoy» normalmente se considera etiológica, es decir, que explica el origen de un nombre o fenómeno existente en el tiempo del narrador. En algunos casos, no obstante, la expresión «hasta el día de hoy» puede entenderse como una tentativa de proporcionar pruebas que justifiquen la historia, uniendo el mundo proyectado

en la narrativa con el del narrador y la audiencia, y en consecuencia, confiriendo credibilidad a la historia. Al referirse al presente, el narrador debilita la inmediatez de la narrativa y la capacidad de la audiencia de sumergirse en el mundo creado. Por otra parte, sin embargo, el narrador aporta pruebas que los lectores pueden verificar por sí mismos.

Los narradores se refieren a su propio tiempo, de forma indirecta, con la frase «por entonces». Esta expresión presupone el tiempo de la historia desde la perspectiva del narrador, e indica que hay una distancia entre el período en que sucedieron los acontecimientos y el período en que se narran. Con esto en mente, tanto el tiempo de la historia, del que se habla directamente con la expresión «por entonces», como el tiempo del narrador, al que se apunta de forma indirecta, son puestos ante los ojos del lector.

En la gran mayoría de los casos en que la expresión «por entonces» aparece en la Biblia, sirve para expresar el contraste entre una situación en el tiempo del narrador y en el período descrito en la narrativa. Por ejemplo, «Por entonces habitaban la tierra los gigantes» (Gn 6,4); o «Por entonces no había rey en Israel. Cada uno hacía lo que le parecía bien» (Jue 17,6; 18,1; 19,1; 21,25). Las reservas sobre una situación se detectan a menudo tanto como el contraste, como en el último ejemplo.

Hay también casos en que la frase «por entonces» sirve para conectar diferentes narraciones, al hacernos notar que suceden en el mismo período. Por ejemplo: «Por entonces los filisteos concentraron sus tropas para salir a la guerra contra Israel» (1 Sm 28,1), o «Por aquel entonces el Señor empezó a desmembrar a Israel» (2 Re 10,32).

En cada ejemplo esta expresión pone una distancia entre el narrador y la historia y, en consecuencia, también entre la historia y el lector. Se necesita esta distancia para posibilitar que consideremos la significación de los acontecimientos. El

lector no se deja así llevar por la corriente de los episodios, y puede observarlos desde arriba.

El narrador también se vislumbra en aquellos pasajes que contienen una explicación o comentario de lo que se narra, en lugar de la narración de un suceso concreto. En algunos puntos clave, el narrador detiene la narración y añade explicaciones o aclaraciones. Cuando obra así, saca a los lectores del estrato de la trama y los lleva a su propia esfera. Las explicaciones de los acontecimientos son un instrumento inestimable en manos del narrador, que le permiten transmitir mensajes claros e inequívocos a los lectores.

«Así pagó Dios a Abimelec lo mal que se portó con su padre, asesinando a sus setenta hermanos. Y todo el mal que hicieron los de Siquén Dios lo hizo recaer sobre ellos. Sobre ellos cayó la maldición de Yotán, hijo de Yerubaal» (Jue 9,56-57). Estos versículos, con los que termina la narración de Abimelec, explican lo que les sucedió a él y a los de Siquén en pago por el mal que habían hecho y en cumplimiento de la maldición de Yotán. Con ello, se hace obvio que los acontecimientos naturales, políticos y militares tienen un significado más profundo y representan la justicia divina.

«En aquella época los consejos de Ajitófel se recibían como oráculos, lo mismo cuando aconsejaba a David que cuando aconsejaba a Absalón» (2 Sm 16,23). Este comentario del narrador nos indica que una mano invisible iba dirigiendo el curso de los acontecimientos por detrás del escenario. En la partida entre Jusat y Ajitófel parece obvio que Ajitófel se llevará la mano. No sólo se había aceptado su anterior consejo, que recomendaba que Absalón fuera con las concubinas de su padre, sino que cualquier advertencia suya había sido siempre bien recibida. Tanto David como Absalón escuchaban las recomendaciones de Ajitófel como si de palabra de Dios se tratase. Por ello, en este momento crítico el lector teme que Jusat no consiga imponer su consejo al de Ajitófel, y en esto

reside ni más ni menos que el destino de la rebelión y del rey David. Cuando, más adelante, se advierte que —al contrario de lo que se esperaba— por esta vez se ha rechazado el consejo de Ajitófel, el lector no puede sino sospechar la participación de algún elemento extraordinario. El narrador confirma esta suposición al aclarar cuál es la naturaleza de ese elemento y el significado de los acontecimientos en su siguiente intervención (en el siguiente capítulo): «Es que el Señor había determinado hacer fracasar el plan de Ajitófel, que era el bueno, para acarrearle la ruina a Absalón» (2 Sm 17,14).

Tanto las incursiones del narrador —la primera al principio de la escena en que Ajitófel y Jusay dan sus respectivos consejos, escena que representa el eje en torno al cual gira toda la historia de la rebelión de Absalón, y la segunda al final de la misma— se aseguran de que todo lector comprenda el pleno significado de la narración tal y como el narrador lo comprende. Si el narrador no hubiera intervenido y hubiera dejado que los acontecimientos hablaran por sí mismos, quizá tal fin no se habría conseguido.

Pero, ¿tenía que intervenir dos veces para obtener ese resultado? ¿No habría bastado la segunda intervención, que deja claro que no se aceptó el consejo de Ajitófel porque Dios así lo quería? ¿A qué contribuye la primera intervención?

Aunque el segundo comentario explica que lo sucedido fue el resultado del plan de Dios, no nos aclara cómo fue puesto en práctica. En ocasiones Dios actúa interfiriendo abierta y directamente en la cadena causal de los acontecimientos, por medio de milagros, en cuyo caso la acción divina sustituye a la acción humana. A veces consigue su divino propósito sin intervenir en el curso natural de los acontecimientos, como en el ejemplo de Abimelec, donde lo único que se percibe es la acción humana ordinaria, aunque todo lo que pasa se interprete como resultado de la actividad indirecta de Dios.

Podría parecer que el rechazo del consejo de Ajitófel no se ajusta a ninguna de estas dos categorías, ya que no es un hecho sobrenatural (un milagro) ni un acto cotidiano. Es algo entremedias, es decir, una improbable eventualidad. Dios dispone los acontecimientos de tal manera que sucede algo que, aunque no sea contrario a las leyes de la naturaleza, es totalmente inesperado. La primera intervención del narrador insinúa esta visión del modo en que Dios actúa, ya que nos deja claro cuán improbable sería que el consejo de Ajitófel no fuera aceptado.

En este pasaje, la acción divina no se encuentra separada de las acciones humanas, sino entremezclada con ellas. El narrador no nos dice cómo hay que entender esto. ¿Hizo Dios sumamente astuto a Jusay o necio a Absalón para que todo pasara como Él quería? ¿O es una cuestión de doble causalidad, es decir, un suceso que acontece por causas divinas y humanas? El concepto de dos sistemas causales, coexistentes en dos niveles distintos, que dan lugar al mismo y único acontecimiento se puede encontrar en la Biblia, en la literatura del antiguo Oriente y en la Grecia clásica. En este ejemplo concreto, la reacción de David al oír que Ajitófel se ha unido al bando de Absalón deja suponer una doble causalidad. En efecto, David se dirige tanto a Dios como a Jusay: «¡Señor, que fracase el plan de Ajitófel!» (2 Sm 15,31), «Pero puedes hacer fracasar el plan de Ajitófel» (15,34).

De forma similar, el narrador interviene directamente en 1 Re 2,27: «Así destituyó Salomón a Abiatar de su cargo sacerdotal, cumpliendo la profecía del Señor contra la familia de Elí, en Siló». También aquí el narrador cree en un poder latente que opera por detrás de los acontecimientos, y la doble causalidad se hace evidente. Aunque se pudiera comprender tal decisión en el trasfondo del apoyo que Abiatar brindó a Adonías, rival de Salomón, la destitución de Abiatar no es sólo fruto de una decisión humana, sino el

resultado de una anterior resolución divina. En opinión del narrador, no se debe considerar la expulsión de Abiatar tan sólo en el marco de lo inmediato, sino en una más amplia perspectiva histórica que se extiende mucho más allá del período descrito. Esta amplia visión histórica se hace más evidente si tenemos en cuenta que esa explicación, es decir, que la destitución de Abiatar cumple la profecía del Señor, es un eslabón de una larga cadena de explicaciones similares a lo largo de todo el libro de Reyes¹.

«De manera que el rey no hizo caso al pueblo, porque era una ocasión buscada por el Señor para que se cumpliera la palabra que Ajías, el de Siló, comunicó a Jeroboam, hijo de Nabat» (1 Re 12,15).

«En cuanto se proclamó rey, mató a toda la familia de Jeroboán, hasta aniquilarla, sin dejar alma viviente, como había dicho el Señor por su siervo Ajías, el sionita» (1 Re 15,29).

«Zimrí exterminó a toda la familia de Basá, como el Señor había profetizado contra Basá por medio del profeta Jehú» (1 Re 16,12).

«En su tiempo, Jiel, de Bethel, reconstruyó Jericó: los cimientos le costaron la vida de Abirán, su primogénito, y las puertas, la de Segub, su benjamín, como lo había dicho el Señor por medio de Josué, hijo de Nun» (1 Re 16,34).

«El rey murió, conforme a la profecía de Elías» (2 Re 1,17).

«Al darse la vuelta, Josías vio los sepulcros que había allí en el monte; entonces envió a coger los huesos de aquellos sepulcros, los quemó sobre el altar y los profanó, según la palabra del Señor anunciada por el profeta, cuando

¹ G. Von Rad, «The Deuteronomic Theology of History in I and II Kings», *The Problem of the Hexateuch and other Essays* (Edinburgh - London 1966) 209 - 211.

Jeroboán, en la fiesta, estaba de pie ante el altar» (2 Re 23,16).

«Entonces el Señor mandó contra él guerrillas de caldeos y sirios, moabitas y amonitas; los envió contra Judá para aniquilarla, conforme a la palabra que había pronunciado por sus siervos los profetas» (2 Re 24,2).

Esta cadena de explicaciones crea, por una parte, un sistema de profecías y, por otra, su cumplimiento, e indica que la historia se consideraba como el cumplimiento de la palabra de Dios. Los hechos son el resultado tanto del comportamiento humano como del plan divino.

A lo largo de los libros de Reyes encontramos versículos que expresan un juicio, llevando al lector desde el nivel de lo narrado al del narrador. Por ejemplo: «Hizo lo que el Señor reprueba; no siguió plenamente al Señor, como su padre, David» (1 Re 11,6); «Pero después de esto Jeroboán no se arrepintió de su mala conducta» (1 Re 13,33); «Hizo lo que el Señor aprueba, como su antepasado, David» (1 Re 15,11); «Ni antes ni después hubo un rey como él, que se convirtiera al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, conforme en todo con la Ley de Moisés» (2 Re 23,25).

Fuera de los libros de Reyes hay pocos ejemplos en los que el narrador emita un juicio (para el caso de juicios encarnados en una caracterización, ver más abajo, p. 66). Sólo de vez en cuando encontramos versículos como «La tierra estaba corrompida ante Dios y llena de crímenes» (Gn 6,11), o «Gobernó con justicia a su pueblo» (2 Sm 8,15). Los juicios son puestos normalmente en boca de los personajes como, por ejemplo, en Jue 20,6: «Entonces cogí a la mujer, la despedacé y envié los trozos por toda la heredad de Israel, porque se había cometido un crimen infame en Israel». En algunos casos el narrador atribuye el juicio a Dios: «Pero el Señor reprobó lo que había hecho David» (2 Sm 11,27).

Algunas explicaciones del narrador, muy frecuentes en la narrativa bíblica, difieren en forma y función de las mencionadas arriba. En forma, porque comienzan con la conjunción «porque» (׀); en función, porque no sugieren significados más profundos ni apuntan hacia niveles ocultos del texto, sino simplemente aclaran detalles e indican conexiones internas en el plano de los acontecimientos que se narran. La forma se adecua a la función, como la palabra «porque» refleja, ya que con ella la explicación se integra en la narrativa y es muy cercana a lo explicado. Citemos algunos ejemplos:

«De modo que ya no podían vivir juntos en el país, *porque* sus posesiones eran inmensas y ya no cabían juntos» (Gn 13,6).

«En Israel, antiguamente, el que iba a consultar a Dios, decía así: “¡Vamos al vidente!”, *porque* antes se llamaba vidente al que hoy llamamos profeta» (1 Sm 9,9).

«Ella llevaba una túnica con mangas, *porque* así vestían tradicionalmente las hijas vírgenes del rey» (2 Sm 13,18).

«Había sido proveedor real mientras David residía en Mahanayim, *porque* Barzilay era de muy buena posición» (2 Sm 19,32).

El narrador usa a veces este tipo de explicaciones no para comentar el fondo material de la historia, las costumbres, etc., como en los ejemplos anteriores, sino para ilustrar los motivos psicológicos que condujeron a una determinada acción. Puesto que el autor también nos transmite unos valores por medio de los personajes, le conviene que entendamos sus acciones y las valoremos correctamente. Al dar cuenta exacta de los motivos de sus actos, el narrador moldea nuestra actitud hacia los personajes y evita que los interpretemos de forma equivocada. El narrador conoce y entiende la naturaleza de los personajes, y a veces hace del lector su cómplice.

«Cuando los hombres del lugar le preguntaron por su mujer, dijo “es mi hermana”, pues temía decir “mi mujer”» (Gn 26,7).

«Manoj dijo al ángel del Señor: «No te marches, y te preparamos un cabrito». Pues no había caído en la cuenta de que era un ángel del Señor» (Jue 13, 15-16).

«Absalón no le habló ni bien ni mal a Amnón, pues Absalón odiaba a Amnón por haber forzado a su hermana Tamar» (2 Sm 13,22).

«Y mandó Jirán, rey de Tiro, sus siervos a Salomón, ya que había oído que le habían ungido rey en lugar de su padre, pues Jirán siempre había querido a David» (1 Re 5,15).

«Y no le dijeron nada, pues veían cuán grande era su sufrimiento» (Job 2,13).

En conclusión, el efecto buscado por este tipo explicaciones, juicios e interpretaciones es crear distancias y minimizar la implicación emocional del lector en el texto. Un lector totalmente absorto en la trama no puede ser capaz de ver los acontecimientos de forma objetiva, ni tampoco de juzgarlos y aprehender su significado. Una cierta distancia emocional es condición previa para pensar con claridad, y sin ello es imposible captar las ideas de la narrativa. Las explicaciones ayudan a entender la narrativa al enfatizar determinados puntos, y al influir en el lector para que se forme una opinión acorde con las ideas y valores del autor.

Sin embargo, conviene ver la otra cara de la moneda, ya que si el narrador interviene demasiado puede mermar la ilusión de realidad de la narrativa, al desviar la atención de los acontecimientos al arte de la narración, y de los incidentes mismos a las actitudes hacia ellos. La narración será más viva, dramática, absorbente y realista cuanto menos se sienta la existencia del narrador, cuanto menos conscientes seamos del hecho de que alguien media entre los acontecimientos y

nosotros, y cuanto menos nos demos cuenta de que hay alguien que los selecciona e interpreta por nosotros.

Si el narrador no quiere conseguir tales resultados, debe reducir al mínimo el número de interpretaciones y explicaciones. Un número limitado de intervenciones no quiebra la ilusión de realidad, por lo que los narradores bíblicos adoptan este método. Las intervenciones directas no son ni extensas ni abundantes, lo que contribuye considerablemente a la viveza e inmediatez de la narrativa bíblica, aunque éste no sea —por supuesto— el único factor que le confiere su peculiar carácter dramático.

2.2. *El narrador contemplativo*

Como hemos visto, la distinción entre el narrador participativo, cuya presencia es evidente, y el narrador contemplativo, cuya existencia se ve minimizada, no debe considerarse como absoluta e inequívoca. Cuando el discurso narrativo se interrumpe para ofrecer explicaciones e interpretaciones, la existencia del narrador se siente con mucha claridad. Pero incluso en las partes narrativas —que constituyen la mayoría— en que simplemente se nos revelan los acontecimientos hay leves indicios de una mano que nos guía y ilumina. También en estas secciones narrativas podemos hablar de diferentes niveles de existencia de un narrador, más o menos contemplativo según la ocasión.

Cierto es que hay lectores que centran su atención en los sucesos y los personajes. Se interesan, sobre todo, por el desarrollo de la trama, y no van a percibir la existencia encubierta del narrador. No obstante, otros lectores leen de forma más reflexiva. Prestan atención a técnicas narrativas más o menos sutiles y son conscientes de que la existencia de un narrador, incluso en la simple presentación de los hechos, puede ser percibida.

Sea como fuere, en este punto vamos a estudiar los métodos del narrador en esas partes de la narrativa que, omitiendo explicaciones e interpretaciones, se centran en la genuina narración de los hechos. Asimismo, vamos a clarificar de qué modo se aprecia la presencia del narrador, y cómo su enfoque personal se manifiesta. Vamos a considerar primero las indicaciones más obvias de la actividad del narrador y después las menos evidentes.

Se ha señalado a menudo la objetividad de los narradores bíblicos y su falta de tendenciosidad al presentar los personajes y los acontecimientos. Se les ha atribuido esta objetividad por dos razones principales:

a) Normalmente, no suprimen los aspectos negativos de los protagonistas (el clásico ejemplo de ello es el comportamiento de David para con Betsabé y Urías).

b) Por lo general, relatan sucesos de manera imparcial y ciñéndose a los hechos, sin patetismo, sin expresiones de compasión o alegría, alabanza o censura, y describiendo los incidentes de forma contenida, sin perderse en detalles gloriosos (la narración del sacrificio de Isaac es un ejemplo característico).

A pesar de ello, no puede decirse que los narradores bíblicos sean completamente objetivos. En realidad, no existe la narración totalmente objetiva. Que no supriman los aspectos negativos de los personajes o que usen un estilo conciso y ceñido a los hechos, como hacen los narradores bíblicos, no significa que sean imparciales con respecto a sus protagonistas. Ciertamente es que su postura se indica en el texto más de forma implícita que explícita o visible, pero este método no es menos eficaz que el más directo y obvio. Al contrario, precisamente porque no es llamativo y funciona de forma encubierta, suele ser más efectivo a la hora de transmitir los valores del narrador a los lectores.

La actividad explicativa del narrador es evidente siempre que encontramos términos que caractericen a los personajes

dentro del texto narrativo y como parte integral del mismo. Por ejemplo:

«Crecieron los chicos. Esaú se hizo un experto cazador, hombre rústico, mientras que Jacob era un *honrado* beduino»(Gn 25,27).

«Ya estaban animándose cuando los del pueblo, *unos perversos*, rodearon la casa» (Jue 19,22).

«Tenía un hijo que se llamaba Saúl, *distinguido y bueno*; no había hombre *mejor* en Israel» (1 Sm 9,2).

«Una mujer sabia salió de la ciudad, se detuvo en la empalizada y gritó: “¡Oíd, oíd! Decid a Joab que se acerque, que tengo que hablar con él”» (2 Sm 20,16).

La posición del narrador suele reflejarse en lo que connotan los términos con que se describen los actos de los personajes. A efectos prácticos, el narrador se limita a describir hechos y acontecimientos, pero debido a la carga de las palabras, su postura con respecto a esos hechos se nos transmite junto con la información de los mismos. A modo de ejemplo:

«Saray la *maltrató* y ella se escapó» (Gn 16,6).

«Pero, en cuanto murió, otra vez los israelitas *se prostituyeron* con los ídolos» (Jue 8,33).

«Tomó a su concubina y la sacó afuera. Ellos *la violaron y maltrataron* durante toda la noche» (Jue 19, 25).

«Así hacía con todos los israelitas que iban al tribunal del rey y así *se los iba ganando*» (2 Sm 15,6).

«Pero él desechó el consejo de los *ancianos* y consultó a los *chicos* que se habían criado con él y que estaban a su servicio» (1 Re 12,8).

Las palabras que hemos puesto en itálica no son neutras, sino que rezuman una poderosa carga positiva o

negativa. Al transmitirnos lo que en apariencia es una relación fáctica de hechos, el narrador nos transmite su postura.

El narrador dispone de dos modos fundamentales de presentar los acontecimientos en la narración (que forman los dos puntos extremos de un continuo, con puntos intermedios entre ellos). El primer método consiste en ofrecer una sucinta relación de lo que pasó, mientras que el segundo es mostrar los acontecimientos por sí mismos. Cuando el narrador ofrece un breve relato de los hechos contempla los acontecimientos desde una perspectiva (óptica) remota, y despliega un amplio, exhaustivo panorama frente a nosotros. Cuando desarrolla un incidente, lo está viendo desde cerca, y nos muestra una escena viva y detallada. En el primer caso se nos proporciona un informe de lo que ha sucedido, en el segundo es como si todo sucediera delante de nuestros ojos. Cada enfoque es complementario del otro ya que, aunque el segundo es dramático y concentrado, es limitado y no llega a darnos una visión global. Para obtenerla, se necesita el primer método, que ofrece un amplio informe.

Cuando se usa el método de la relación breve, los narradores son menos evidentes que cuando se muestran las escenas, ya que cuanto más hechos se resumen y condensan en un amplio cuadro, menos se percibe su actividad como intermediarios entre nosotros y los acontecimientos. Esta actividad conlleva, inevitablemente, una cierta valoración e interpretación de lo que sucede, ya que el narrador incluye tan sólo aquello que considera esencial.

Ambos enfoques están presentes en la narrativa bíblica, como puede verse si se compara el extenso compendio de las guerras de David contra las naciones vecinas (2 Sm 8) con la representación de la huida de David de Jerusalén durante la revuelta de Absalón (2 Sm 15-16). Mientras que

la exposición de las guerras nos deja una imagen general, virtualmente desprovista de detalles, la huida de David se construye con una serie de escenas que nos muestran, de forma vívida y muy de cerca, sus varios encuentros con Itay, con Sadoc y Abiatar, con Jusay, con Sibá y con Semef, hijo de Guerá.

Encontramos este método escénico —o dramático— en un buen número de narraciones bíblicas, como la del Jardín del Edén (Gn 3), la visita de los tres hombres a Abrahán (Gn 18), David y Goliat (1 Sm 17) y muchas otras. Hay una evidente tendencia a usar este método en la narrativa bíblica, y es lo que le confiere un carácter vivo y dramático. Dado que la representación escénica crea la ilusión de que se está contemplando el hecho en sí, aumenta la propensión del lector a meterse en ella e identificarse con lo que pasa, como un espectador de teatro. Aunque, como se ha dicho antes, el lector ha de ser capaz de desligarse de vez en cuando del mundo narrativo para ponderar el significado de los hechos, también tiene que implicarse con él emocionalmente o, de lo contrario, no podrá aceptar los valores que representa. Ciertamente es que si se implica demasiado, o de forma total, ni va a considerar el significado de los acontecimientos ni va a juzgar la moral de los personajes, pero si casi no se implica y permanece indiferente a los personajes y a su destino, la narración carecerá de efecto. La implicación del lector está cuidadosamente dirigida y controlada hasta en los pasajes donde el narrador se esconde tras los hechos o los personajes.

La percepción que el narrador tiene de los hechos a veces coincide con la de uno de sus personajes. En este caso, aunque se use una tercera persona en la narración, el narrador adopta el punto de vista óptico o psicológico de tal personaje, es decir, actúa de forma encubierta, como veremos enseguida.

Cuando encontramos la forma «mira por dónde» (הִנֵּה)², el narrador suele mostrarnos algún detalle desde el punto de vista de ese personaje. Esto es claro y evidente cuando «mira por dónde» aparece tras un verbo de percepción, como en los versículos siguientes:

«Isaac salió a meditar por el campo por la tarde, alzó la vista, miró y, mira por dónde, venían camellos» (Gn 24,63).

«Cuando él salió, los criados entraron, miraron, y mira por dónde, las puertas de la galería estaban cerradas con llave» (Jue 3,24).

«El centinela subió al mirador de la muralla, alzó la vista, miró y, mira por dónde, venía un hombre solo corriendo» (2 Sm 18,24).

En estos ejemplos, el narrador nos hace saber explícitamente que está describiendo lo que uno de los personajes está viendo en ese instante, aunque sepamos que el narrador ya lo sabía antes o que sabe más que lo que el personaje en cuestión percibe en ese momento. Incluso cuando «mira por dónde» aparece sin estar precedido por un verbo de percepción y en lo que parece ser el informe del narrador, en realidad los hechos se suelen describir desde el punto de vista de uno de los personajes:

«Llegaron allí, a Guibá, y mira por dónde un grupo de profetas se dirigía hacia él» (1 Sm 10,10).

² La forma הִנֵּה no suele traducirse en la Nueva Biblia Española. Nuestra traducción («mira por dónde») conserva la función de הִנֵּה en lingüística del texto. (N. del T.)

«David llegó a la cima donde se adoraba a Dios, y mira por dónde salió a su encuentro Jusay, el arquita, rasgada la túnica y con polvo en la cabeza» (2 Sm 15,32).

«David había remontado la cima, y mira por dónde Sibá, criado de Mefiboshet, vino hacia él» (2 Sm 16,1).

«Abdías estaba de camino y, mira por dónde, Elías vino hacia él» (1 Re 18,7).

En estos ejemplos, la expresión «mira por dónde» se refiere al personaje que ve lo que se describe, no al narrador. El narrador percibe algo, y en consecuencia nosotros también, junto con el personaje y a través de sus ojos. En el ejemplo de Jusay (2 Sm 15,32) el orden de palabras es inverso al usual en la Biblia. Cuando el término «salió a su encuentro» (לִקְרָאתוֹ) aparece en la Biblia, está precedido por el sujeto (véanse ejemplos adicionales más abajo), pero no sucede así en este pasaje. Este orden inusual de palabras puede bien indicar que primero David vio a alguien acercarse sin poder distinguir quién era y sólo luego se dio cuenta de que se trataba de Jusay el arquita.

Los nombres o designaciones con que se menciona a los personajes suelen indicar que el narrador ha tomado el punto de vista de uno de ellos. Así, en Gn 21, 9-21 se nos habla de Ismael, pero no se le llama por su nombre. En cambio, se usan varias designaciones que reflejan la postura de otros personajes hacia él³.

«Pero Sara vio que el hijo que Abrahán había tenido de *Hagar la egipcia* jugaba con Isaac» (v. 9).

³ N. Leibovitz, «How to read a Chapter of the Bible», *Nefesh weShir* (Jerusalem 1953) 100-101 (en hebreo).

«Y la cosa desagradó mucho a Abrahán por causa de *su hijo*» (v. 11).

«Abrahán madrugó, cogió pan y un odre de agua, se lo cargó a hombros junto con *el niño*, y la despidió» (v. 14).

«Cuando se le acabó el agua del odre, colocó *al niño* debajo de unas matas» (v. 15).

«Dios oyó la voz del chiquillo» (v. 17).

«Dios estaba con el chiquillo, que creció» (v. 20).

Podemos ver que Ismael no es para Sara más que el hijo de Hagar, la egipcia, mientras que para Abrahán es su hijo. Para Hagar es el niño, su niño, mientras que para Dios es lo que es, un chiquillo. El narrador se refiere a él de diferentes formas, según las diferentes posturas hacia Ismael.

«Al tercer día, cuando estaban convaleciendo, los dos hijos de Jacob y hermanos de Dina, Simeón y Leví, agarraron el puñal» (Gn 34,25).

El narrador llama a Simeón y Leví «hermanos de Dina» porque están pensando en ella, actúan por ella, la sacan de casa de Siquén y por ella matan a Siquén, a su padre y a todos los varones de la ciudad.

Las formas con que el narrador designa a Betsabé (2 Sm 11-12) reflejan la posición de David hacia ella. En los primeros versículos de la historia (11,2-3^a) se la llama simplemente «una mujer», lo que no es sorprendente, puesto que el nombre de Betsabé aún no nos es conocido (ni a David ni a nosotros). Pero en el versículo 5, aun después de darnos a conocer su nombre, sigue apareciendo como «la mujer», no como Betsabé, y en el resto del capítulo 11 tampoco se la menciona. Esto indica que David sólo la ve como mujer, como un objeto para la satisfacción de sus deseos. Sólo tras la admonición de Natán, los remordimientos de David y la muerte del niño cambia la actitud de

David para con Betsabé, que se convierte en un fin en sí mismo y deja de ser un simple medio. Este cambio se refleja en el hecho de que en 12,24 se la llama por su nombre, Betsabé: «David consoló a su mujer, Betsabé, fue hacia ella y se acostó con ella». El primer verbo de este versículo muestra que David se preocupa más ahora por ella y por sus sentimientos, y que se une a ella pensando más en ella que en él. En este versículo no sólo se la llama Betsabé, sino también «su mujer», con el adjetivo posesivo que señala la relación que ha madurado entre los dos.

La relación entre Betsabé y Urías se insinúa en 11,26: «Cuando la mujer de Urías oyó que Urías, su esposo, había muerto, hizo duelo por su marido». La repetición del nombre de Urías, las designaciones «esposo» y «marido», los posesivos, así como la expresión «la mujer de Urías», destacan el hecho de que eran marido y mujer. Téngase en cuenta que podía haberse expresado así: «Cuando Betsabé oyó que Urías había muerto, hizo duelo por él». El narrador no tiene por qué aludir en este versículo a una relación emocional; puede hacer referencia a la situación objetiva, y la recalca para apuntar al pecado de David. Al causar la muerte de Urías, David separa a dos personas que habían sido unidas en matrimonio. La alusión al pecado de David se hace más nítida si tenemos en cuenta que el sujeto de este versículo, «la mujer de Urías» se traslada al siguiente: «y se convirtió en su mujer». Esto indica que David tomó por mujer a alguien que fue la mujer de otro, como explícitamente dirá Natán: «Tomaste a la mujer de Urías el hitita como mujer» (12,10). La misma forma de apuntar al pecado, trasladando el sujeto al siguiente versículo, aparece también en 11,3-4: «¿No es Betsabé, la hija de Alián, la mujer de Urías, el hitita? David mandó entonces mensajeros, que se la trajeron. Ella se llegó a él, que yació con ella». La alusión al pecado por medio de la designación «la mujer de Urías» es aún más evidente en 12,15: «El Señor hirió al niño que la mujer de Urías le había dado a David, y cayó gravemente enfermo».

En vistas de ello, no nos sorprende que en la narración de la subida al trono de Salomón (1 Re 1), el narrador se refiera siempre a Betsabé por su nombre: «Betsabé se presentó al rey en la alcoba», «Betsabé se inclinó...» (vv. 15, 16, 31). Aquí no se alude a ningún pecado, a ninguna relación deshonesta; por otra parte, aunque no tenga la iniciativa, Betsabé desempeña un papel activo y tiene personalidad propia, con sus propios méritos e intereses, muy distinta a como fue representada en 2 Samuel.

Conviene fijarse en el hecho de que cuando Natán trata de persuadir a Betsabé para interceder ante el rey en beneficio de su hijo Salomón, el narrador se refiere a ella como la «madre de Salomón»: «Natán dijo entonces a Betsabé, madre de Salomón...» (1 Re 1,11). Cuando Adonías le pide a Betsabé que use su influencia con su hijo para darle a Abisag la sunamita por mujer, el narrador vuelve a llamarla «madre de Salomón»: «Adonías, hijo de Jaguit, fue a ver a Betsabé, madre de Salomón» (1 Re 2,13).

En consecuencia, la forma en que el narrador se refiere a alguien refleja tanto la propia actitud del narrador como la de otro personaje. (El hecho de que una actitud cambie, como es el caso de David con Betsabé, puede expresarse por medio de un cambio en la forma de designar a la persona). Esto constituye una notable coincidencia de dos puntos de vista, ya que se fusionan el punto de vista subjetivo del personaje con el «objetivo» del narrador ⁴. Con esto se consigue un equilibrio entre afinidad excesiva y frialdad por parte del

⁴ Coincidencia y fusión, no mera yuxtaposición. Un ejemplo de la yuxtaposición de dos puntos de vista es Éx 2,23: «Sucedió en aquellos muchos días...». «Muchos» refleja el punto de vista del pueblo que sufre, «aquellos» es el punto de vista del narrador, que observa los acontecimientos desde un momento posterior en el tiempo.

narrador. Esta forma de narrar expresa la empatía del narrador con el personaje cuyo punto de vista adopta. Empatía que no debe confundirse con identificación y que no está exenta de crítica. Siendo así, esta forma de narrar posibilita al autor para entrar en la mente del personaje y, al tiempo, permanecer fuera como un observador.

Otro ejemplo es la forma en que el narrador se refiere a David en la narración de la revuelta de Absalón (2 Sm 15-19). Unas veces se usa la designación «el rey», otras «David» y otras «el rey David». Cuando el narrador describe los encuentros entre Itay el de Gat y el sacerdote Sadoc, a David se le llama «el rey» (excepto en 15,22, donde se le llama «David»). Hay muy pocas excepciones, máxime teniendo en cuenta que el proceso de transmisión de los textos bíblicos podría suponer inexactitudes en la copia). No obstante, cuando se describe el encuentro de David con Jusay en el Monte de los Olivos, el narrador le llama «David». En su encuentro con Sibá, criado de Mefiboshet, se le llama «el rey», aunque cuando Semeí, hijo de Guerá, le insulta y le tira piedras, se le llama «David». En la conversación sobre Semeí que mantienen David y Abisay, se usa la designación «el rey». En la descripción del retorno de David a Jerusalén tras haber aplastado la revuelta (cap. 19), se le designa siempre como «el rey» (excepto en el v. 23): esta designación toma cuerpo en su segundo encuentro con Simeí, hijo de Guerá, en la segunda entrevista con Mefiboshet y cuando se despide de Barzilay, el galaadita.

Las diferentes formas de referirse a David reflejan la actitud del personaje que se menciona en el contexto. Para Itay, Sadoc y Sibá es el rey, para Jusay y Semeí es David. En el caso de Jusay, indica una relación muy cercana entre los dos hombres (Jusay es amigo íntimo de David). En el caso de Semeí, por el contrario, apunta a su desprecio y su negativa a reconocer la legitimidad de David como rey. El cambio de desig-

nación en su segundo encuentro, en que el narrador usa el término «el rey», indica un cambio en la actitud de Semeí, al menos en apariencia. (Este cambio de actitud es incluso más evidente en las palabras del propio Semeí. Mientras en el primer encuentro llama a David «¡asesino, canalla!», en el segundo se dirige a él como «mi señor, el rey» y se llama a sí mismo «tu siervo»).

Cuando David atraviesa el Jordán hacia el Este, se le llama «David». Cuando lo vuelve a cruzar hacia el Oeste, no por casualidad se le llama «el rey». En esta ocasión el narrador describe cuáles son la situación y el status de David y no cómo lo ven otros personajes. Durante su huida es simplemente David, descalzo, cansado, destituido, acompañado tan sólo por unos cuantos compañeros, leales y generosos. Al regresar es nuevamente el rey y, como tal, es reconocido por Judea e Israel.

No obstante, hay pasajes donde el uso de «David», de «el rey» o «el rey David» parece carecer de significado. En tales casos sólo puede decirse que somos incapaces de explicar el uso de designaciones alternativas, a no ser por motivos puramente estilísticos.

Todo lo que hemos dicho, con respecto al uso de nombres y designaciones para reflejar las actitudes de un personaje, puede aplicarse a lugares tanto como a personas. El siguiente ejemplo, tomado de la narración de la revuelta de Absalón, así lo sugiere. En 2 Sm 15,37 leemos: «Jusay, amigo de David, salió de la ciudad. Y Absalón entró en Jerusalén». ¿Es mera casualidad que primero, cuando el sujeto es Jusay, al lugar se le llame «la ciudad», mientras que luego, cuando el sujeto es Absalón, se le designe como «Jerusalén»? La alternancia no es arbitraria, como podría parecer. Siempre que un pasaje trata de Absalón y sus seguidores, aparece el nombre de Jerusalén: «Mientras tanto, Absalón y los israelitas entraban en Jerusalén; Ajitófel iba con él» (16,15); «Los criados de

Absalón llegaron a casa de aquella mujer (...). Los buscaron, pero al no encontrarlos se volvieron a Jerusalén» (17,20). No obstante, cuando se trata de David y los suyos, normalmente (aunque no siempre) aparece la designación «la ciudad». Los siervos de Absalón vuelven a Jerusalén tras haber tratado sin éxito de encontrar a Ajimás y Jonatán, mientras que los propios Ajimás y Jonatán, de la facción de David, tienen que esperar en En Roguel «porque no podían dejarse ver en la ciudad» (17,17). Estos términos aparecen también en 15,24: «...y la depositaron junto a Abiatar, hasta que toda la gente salió de la ciudad». La mayor evidencia, sin embargo, es el hecho de que David se refiere a Jerusalén como «la ciudad» en esta narración: «¡Ea, huyamos! Que si se presenta Absalón, no nos dejará escapar. Salgamos a toda prisa, no sea que él se adelante, nos alcance y precipite la ruina sobre nosotros y pase a cuchillo a la ciudad» (15,14); «Vuélvete con el arca de Dios a la ciudad» (15,25); «Volveos en paz a la ciudad» (15,27); «Pero puedes hacer fracasar el plan de Ajitófel si vuelves a la ciudad» (15,34). El uso de la designación «la ciudad» revela la especial conexión de David con ella, en contraste con la objetividad que supone el topónimo «Jerusalén». También aquí el narrador entra en la mente y nos transmite los hechos desde el punto de vista de David.

Esto no implica que, si aparece una alternancia entre un nombre de ciudad y la designación «la ciudad», deba asumirse sin más la razón aquí expuesta. Muy al contrario, puede asumirse que el significado de tal alternancia cambiará de acuerdo con el contexto y el carácter general de la narrativa donde se encuentra. Incluso en el relato de la revuelta de Absalón, David se refiere a «la ciudad» sólo cuando habla con los suyos (a sus siervos Sadoc y Jusay), mientras que cuando se dirige a Barzilay, el galaadita, adapta su discurso a su oyente y designa el lugar como «Jerusalén» (19,33). En consecuencia, da la impresión de que el uso de nombres y

designaciones para referirse a personas y lugares no es accidental ni está desprovisto de significado.

Siempre que los personajes utilizan el estilo directo en la narración queda reflejado, como es natural, su punto de vista. En tales casos la existencia del narrador es menos evidente, se vuelve marginal y prácticamente se hace imperceptible. Cuando los personajes dejan oír su voz, el narrador se torna silencioso, parece casi ausente. Mas en realidad el narrador no está nunca ausente de la narrativa. Cuando los personajes hablan con voz propia, su discurso no tiene la misma independencia que el de los personajes de un drama. En la literatura narrativa, como hemos dicho, el narrador introduce el discurso de los personajes con oraciones como «preguntó», «y replicó», «y X dijo a Y que...», etc. Esto nos indica que sólo oímos las conversaciones de los personajes gracias a la mediación del narrador. El discurso de los protagonistas está siempre inserto en el del narrador, quien les cede su lugar. El narrador no sólo nos informa acerca de quién está hablando y a quién, sino también define, a veces, la naturaleza del discurso.

Por ejemplo, en 2 Sm 18,5, el rey dice: «¡Cuidadme al muchacho, a Absalón!». El narrador introduce esta oración con la frase: «El rey dio este encargo a Joab, Abisay e Itay», lo que confiere a las palabras de David la fuerza de una orden explícita (y no es éste el caso de todo lo que dice el rey, cf. 2 Sm 15,19.25, etc.). Por otra parte, la responsabilidad del cumplimiento de esta orden recae sobre los tres comandantes que el narrador menciona expresamente. Por esta razón es evidente que, cuando Joab mata a Absalón, no está simplemente desoyendo una petición del rey. Está, a sabiendas, desobedeciendo una orden. La definición de las palabras de David como una orden (doblemente, en los vv. 5 y 12) hace que el crimen de Joab sea especialmente grave y, a la vez, resalta la importancia que tiene para David.

En el mismo capítulo (2 Sm 18,28) leemos: «Cuando Ajimás se aproximaba, gritó al rey: “¡paz!”». El narrador usa el verbo «gritar» (אָרָא) para indicar que Ajimás gritó desde lejos para calmar al rey, quien esperaba ansioso noticias del campo de batalla (el hebreo *shalom* aquí significa «hay paz», no es un saludo como en 2 Re 4,26). También sugiere esto el orden de los acontecimientos: «Cuando Ajimás se aproximaba, gritó al rey: “¡paz!”». Y se postró ante el rey, rostro en tierra. Luego dijo: “¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que te ha entregado los que se habían sublevado contra el rey, mi señor!”». Primero Ajimás grita que hay paz, luego se postra ante el rey y después le da la noticia. El uso del verbo «gritó» también concuerda con el acercamiento gradual de Ajimás: primero el vigía descubre a alguien que se acerca a lo lejos, sin poder identificarlo, luego se da cuenta de que es Ajimás, más tarde puede oír qué está gritando y, finalmente, el mensajero se encuentra frente al rey, se inclina y le da la noticia.

La reacción de David al enterarse de la muerte de Absalón no se hace esperar: «¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!» (2 Sm 19,1). Vuelve a repetirse unos pocos versículos después: «¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!» (2 Sm 19,5). La primera vez el narrador introduce el lamento de David con la oración «y se echó a llorar, diciendo mientras subía» y la segunda, con «se tapaba el rostro y gritaba». Esto nos indica que al principio David mantuvo un cierto dominio de sí mismo, pero lo acabó perdiendo y llorando a gritos.

En la gran mayoría de los casos, el narrador se sirve de la introducción neutra «dijo» (o «dijeron») para indicar el discurso de un personaje. La oración «dijo» suele repetirse aunque continúe hablando el mismo personaje. Cuando esto sucede, el narrador insinúa que se ha producido una ruptura

en el discurso del personaje⁵. Una pausa de este tipo puede darse para permitir una réplica o reacción en el oyente. Pongamos un ejemplo: «Y Abrán *dijo*: “¿qué me vas a dar a mí, si soy estéril y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa?”. Y *dijo*: “No me has dado descendencia, y un criado de casa me heredará» (Gn 15, 2-3). Abrahán, después de preguntar «¿qué me vas a dar a mí?» —es decir, de qué me sirve una gran recompensa si no tengo hijos—, espera una respuesta de Dios. Al no obtener respuesta, dice explícitamente: ya que no me has dado hijos, mi heredero será un extraño.

«Pero comunicaron a Salomón que Semeí había ido a Gat y había vuelto. El rey lo mandó llamar, y *le dijo*: “¿No te hice jurar por el Señor, advirtiéndote que el día que salieras y marcharas a cualquier parte podías estar seguro de que morirías sin remedio? Y tú me dijiste que te parecía bien. ¿Por qué no has cumplido lo que juraste por el Señor y la orden que te di?”. Y *dijo*: “Tú sabes todo el daño que hiciste a mi padre, David”» (1 Re 2, 41-44). La repetición de «y dijo» indica que después de que Salomón preguntara «¿Por qué no has cumplido lo que juraste por el Señor y la orden que te di?», esperó unos momentos la respuesta de Semeí. La respuesta de Semeí no se nos ofrece, lo que indica que no se produjo, ya que no tenía nada que decir. Después de una breve pausa, Salomón vuelve a tomar la palabra y le insinúa que no va a morir sólo por haber quebrado su juramento de no dejar la ciudad. Va a morir, también y sobre todo, por haberse mofado de David y haberle maldecido, cuando huyó de Jerusalén durante la revuelta de Absalón.

⁵ M. Shilo, «And he said ... and he said», *Sefer Konrgreen* (Tel Aviv 1963) (en hebreo).

«Cuando llegó Urías, David le *preguntó* por Joab, el ejército y la guerra. Y le *dijo* David a Urías: “Anda a casa a lavarte los pies”» (2 Sm 11, 7-8). Aunque el narrador utiliza dos verbos diferentes para señalar el discurso de David, ningún otro personaje interviene entremedias ni se produce acción de ningún tipo. Aunque no hay duda de que Urías responde, no se nos ofrece su respuesta. La omisión de su réplica sugiere que a David no le importa o que ni siquiera la escucha. De ello se deduce que las preguntas se hicieron tan sólo para guardar las apariencias. Urías tendría que pensar que fue llamado de Rabá a Jerusalén para informar sobre Joab, el pueblo y la guerra. En realidad, lo único que le importa a David es que Urías vaya a su casa, tal como dice al final de la conversación.

En ocasiones la repetición de «dijo» no indica que se produce una pausa para la réplica, sino para algo diferente.

«Y el Señor lo sacó afuera, y le *dijo*: “Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes”. Y le *dijo*: “Así será tu descendencia”» (Gn 15,5). La pausa en las palabras de Dios tiene como fin dejar tiempo a Abrahán para que mire al cielo y se dé cuenta de que es incapaz de contar las estrellas.

«*Dijo* Dios: “No te acerques. Quitate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado”. Y *dijo*: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”» (Éx 3,5-6). En este ejemplo, la finalidad de la pausa es dar tiempo a Moisés para descalzarse.

«Ella le *dijo*: “Padre, si hiciste una promesa al Señor, cumple lo que prometiste, ya que el Señor te ha permitido vengarte de tus enemigos. Y le *dijo* a su padre: “Dame este permiso: déjame andar dos meses por los montes, llorando con mis amigas, porque quedaré virgen”» (Jue 11,36-37). Al principio, la hija de Jefé acepta su destino e incluso anima a su padre. Luego se lo piensa y pide, no obstante, que le conceda dos meses para llorar su virginidad.

«Absalón le *dijo*: “Mira, tu caso es justo y está claro; pero nadie te va a atender en la audiencia del rey”. Y Absalón *dijo*: “¡Ah, si yo fuera juez en el país! Podrían acudir a mí los que tuvieran pleitos o asuntos y yo les haría justicia”» (2 Sm 15,3-4). Lo primero que dice Absalón está dirigido a su oyente inmediato, como indica el “le decía” del narrador. Lo segundo no parece estar dirigido a nadie en particular. Absalón está simplemente expresando unos deseos que el oyente es incapaz de cumplir. El narrador usa “dijo”, sin “le”, consecuentemente.

En algunos casos el primer “dijo” no viene seguido de ningún discurso. Por ejemplo, en Gn 22,7: «Y dijo Isaac a Abrahán, su padre, y dijo: “padre mío”». La repetición, en este ejemplo, indica irresolución, quizá nerviosismo. Isaac quiere hacer una pregunta que le acucia —¿dónde está el cordero para el sacrificio?—, pero no está seguro, empieza a hablar, duda.

En resumen, los narradores bíblicos son bastante complejos y variados. Suelen observar los personajes desde fuera, pero a veces también desde dentro. Aunque normalmente miran los acontecimientos como espectadores, a veces ven las cosas a través de los ojos de uno de los personajes. En general, perciben las situaciones como cercanas y a menudo escuchan las conversaciones de los personajes, pero ocasionalmente atisban desde lejos. Aunque tienden a ceñirse a los hechos con objetividad, en ocasiones añaden sus propias interpretaciones y explicaciones.

Los narradores suelen hablar de los personajes y sus actos ciñéndose a los hechos, pero no con tono indiferente. Sus opiniones se expresan de múltiples maneras, la mayoría implícitas y fácilmente imperceptibles tienden a mantener una cierta distancia con los personajes, aunque en ocasiones su punto de vista coincide con el de uno de ellos. Suelen sugerir, de forma indirecta y sutil, más que decir de forma

explícita. El método del narrador bíblico requiere del lector un esfuerzo mental constante, es decir, pensamiento reflexivo y atención a cada detalle dentro de la narrativa.